



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 10 de agosto de 1889 Núm. 93



EL CUMPLEAÑOS

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

SIEMPRE ese tío Paco! ¡Siempre ese destripacuentos con su inevitable rebaja!

Ahora salimos con que ni la Torre Eiffel ni la Galería de Máquinas, tan altisonantemente cantadas por el más altisonante de nuestros más sonados oradores, merecen los elogios que la prensa, en particular la francesa, les han prodigado á galeras.

Dicen que eso de emplear hierro es cosa vieja; que la gracia hubiera estado en valerse del acero; que la resolución del problema de las pilas metálicas no ha adelantado un paso con la erección de la Torre; que, sin contar la completa inutilidad del tal armatoste, tiene más mérito un puente que están construyendo ahora los ingleses sobre el río Forth (un puente de 450 metros); que la Galería de Máquinas no ofrece nada de particular, como no sea el no tener razón de ser; que todo eso ha sido pura *reclame*; que es ser burro de reata aplaudir porque los demás aplauden.

Me apresuro á declarar que yo no entro ni salgo en esas críticas: me limito, como dicen nuestros vecinos, á *constater le fait* de que hay quien no quiere asombrarse y hacer coro.

Y manifestaré con toda franqueza que me gustan á mi esos espíritus valientes, prontos á saltar respondiendo: *¡Non serviam!* á los que quieren que á la fuerza admire todo el mundo lo que admiran ellos.

Aparte de la razón que tengan los ingenieros que les hacen ascos á la Torre y á la Galería de Máquinas, hay que reconocer que convenía se formase un poquito de reacción contra la Exposición Universal de París.

Porque hay una cosa por todo extremo evidente: las Exposiciones Universales no tienen ya hoy ningún objeto. Desde 1851 acá las relaciones internacionales han variado en gran manera, y no hay quien no esté enterado de todos los adelantos que incesantemente se realizan. Enterado en cuanto á la parte que le interesa, por supuesto.

La prensa, las comunicaciones comerciales, los viajes, hacen imposible que pueda guardarse el secreto de ningún invento para la época en que vaya á inaugurarse una Exposición.

Mejor vienen á ser ahora esos Palacios de la Industria, de la Agricultura, de las Ciencias, etc., etc., almacenes ó museos retrospectivos que no exhibiciones de novedades. Pocas cosas se encontrará en ellos que sorprendan verdaderamente.

De ahí la necesidad de buscar el atractivo por otra parte, y de ahí que en París hayan optado por convertir la Exposición en un monstruoso conjunto de diversiones. Algunas, muy pocas, inocentes y honestas: la inmensa mayoría... al revés.

¿Soy yo mojigato? ¿Soy yo un cura de manga estrecha? ¿Soy yo un neo? ¿Soy yo un *reaccionario*? Claro está que no, ni de mil leguas; y, sin embargo, creo que, parodiando la *frase* célebre (y probablemente falsa), no me equivocaría mucho al decir, refiriéndome á la susodicha Exposición:

¡Oh joven que estás mirando,
al infierno vas saltando!

Y diría esto apoyándome en lo mismo que dicen, alabándose de ello, nuestros apreciables vecinos.

Allí ha vaciado el mundo entero toda su gente *non sancta*, y, según afirma un escritor de mi cuerda, parece ¡horror! que se pega...

Dícese que en todo el recinto de la Exposición percíbese un olor á *salchichón* (!!) que es elocuente prueba del materialismo que predomina en su recinto. Y, si eso es verdad, como no lo dudo, si se perciben esos *olores cursivos de salchichón* de que habla Octavio Mirbeau, no hay duda que la Exposición está suficientemente condenada. Compréndese que olera á brea, á ámbar, á ácido fénico, si se quiere; pero ¡oler á un comestible como el que se saca del animal *aquel*! ¡Vaya unos perfumes como gastan en París!

Aparte de esto, parece que algunos filósofos andan un tanto cariacontecidos, y que, al ver la bacanal de que es teatro la Exposición, murmuran: *¡Edamus et bibamus quod procul moriemur!*

Y precisan que una vez cerradas aquellas puertas les vendrá la mar.

Porque, á pesar de todas las maquinarias de la Galería de M. Duřertre, las fábricas no trabajan, y Lyon y los otros puntos manufactureros se están cubriendo de moho y telarañas.

Pero allá ellos. Por mi parte, si cuando la Exposición de Barcelona os dije que si no veníais no os moriríais por eso, me creo ahora en el caso de aconsejaros que no vayáis á la Exposición de París, en la seguridad de que viviréis mejor.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



FANTASIA

(TRADUCCIÓN)

I

ERA el amanecer de un día sombrío y nebuloso, cuya negrura infundía pavor.

Ni los pájaros cantaban, ni las flores abrieron sus corolas, ni murmuraban los ríos, ni las mariposas desplegaron sus alas, para buscar en sus flores favoritas el néctar que acostumbraban libar. Ni rumor de árboles, ni la brisa más sutil, interrumpía aquel tímido silencio, aquel sosiego imponente, comparable sólo al de la muerte.

Ante mis ojos extendíase una naturaleza feraz, agreste, casi salvaje.

¡Qué país era aquel!

¿En qué parte del mundo me encontraba?

Tal pregunta me dirigí á mí mismo, sin acertar, sin embargo, á contestármela.

II

Montañas gigantescas cuyos elevados picos parecían querer marcar límites á los horizontes, árboles corpulentos y monstruosos cuyas copas se perdían entre las nubes, abismos insondables, cercados por enormes peñas cortadas en afilados picos y serpeando entre un terreno acciden-

tado y árido; una vereda estrecha sembrada de espinas y guijarros como única senda abierta á la planta humana que temeraria se atrevía á penetrar en él: todo esto resultaba á mis ojos un cuadro dantesco y fatídico, ante el cual mi alma se sentía fuertemente impresionada y mi espíritu dominado de terror.

III

Sentéme á mitad del penoso sendero, crucé las manos, y mi cabeza se inclinó cual si buscara un apoyo en el vacío. Algo extraño conmovió mi ser, y súbitamente quedé en un estado indefinible: no sé si dormía ó soñaba despierto. Ignoro el tiempo que permanecí en esta posición: tal vez largas horas, breves momentos quizás.

De repente, una claridad vivísima, penetrando á través de mis cerrados párpados, vino á herir mis pupilas; el fragor del trueno retumbó téticamente por aquellas montañas. Levanté entonces el rostro como un alocado: el aspecto del cielo era amenazador; las nubes, cargadas de electricidad, co-



Tong Wing

rrían velozmente por el espacio, produciéndose á cada uno de sus choques llamaradas siniestras, seguidas de un estruendo ensordecedor.

Separé mis ojos del cielo. Al fijarlos á lo largo del sendero, divisé un bulto que avanzaba hacia mí; pero la oscuridad era tan densa que me era imposible reconocer lo que avanzaba.

Al fin, aquellas formas vagas y sin contornos al principio, fuéronse destacándose gradualmente, pudiendo reconocer en ellas la figura de un hombre.

Largo tiempo permanecí contemplando con extraordinaria avidez al osado mortal que, desafiando los rigores de un tiempo tempestuoso, se atrevía á andar por aquellos impracticables senderos.

Con verdadera ansiedad, anhelaba contemplar de cerca á aquel hombre. El caminaba pausadamente, iba avanzando, aproximábase cada vez más: llegó, al fin, junto á mí.

IV

Era un anciano de nevada barba, cuya extremidad le llegaba á la cintura.

Vestía una larga túnica negra y apoyaba su encorvado cuerpo en un grueso bastón.

Mi presencia no pareció sorprenderle. Paróse, me contempló fijamente; pero sus labios no articularon una sola palabra: la fatiga, sin duda, le impedía hablar.

A pesar de las arrugas de su rostro y de lo encorvado de su cuerpo, brillaba en sus expresivos ojos el fuego entusiasta de la juventud.

V

— ¿Dónde vais, anciano? — le pregunté no pudiendo acallar mi curiosidad.

— Voy en busca de la felicidad, — me contestó con una voz en que revelaba, á la par, el abatimiento y la audacia.

— ¿Dónde se halla? — pregunté febrilmente.

— Mira, — me dijo extendiendo su mano descarnada. — ¿Distingues, allá á lo lejos, una luz muy tenue que á causa de la inmensa distancia á que se halla parece una diminuta estrella agitándose entre raudal de nubes?

— Sí, — le contesté; — lejos, muy lejos, creo descubrir un punto luminoso que se pierde en el horizonte.

— Pues bien, — continuó el anciano; — aquello es la felicidad... Sólo para conseguirla camino noche y día, subo montañas casi inaccesibles, salvo abismos cuyas profundidades me llenan de terror, y ando siempre sobre abrojos y espinas para llegar, al fin, adonde voy. Mira: mis carnes están rasgadas, mis



Tong Wing

pies manan sangre, la fatiga me rinde: sólo me queda... ¡constancia!... Ella me conducirá al fin de mi jornada y entonces seré feliz. Un solo instante de la felicidad que me espera será bastante para recompensa de mis trabajos y sufrimientos. ¡Adiós! ¡Adiós! Cada momento de descanso en mi fatigosa marcha equivale á perder un tiempo igual de la felicidad que ansío.

—¡Esperad!—grité asiéndole por la túnica.—¡Esperad! Yo os acompañaré en vuestro camino. Sois viejo: vuestras fuerzas se hallan agotadas por los años y por la fatiga: quizá no andaréis cuatro pasos sin que os abandone la vida... En cambio, yo soy joven, me siento con vigor para arrostrar toda suer-



Tong Wing

te de penalidades y puedo prestaros algún auxilio. ¿Aceptáis? Decidid vos.

—Acepto, pero en marcha inmediatamente: el tiempo corre muy veloz, la estrella está muy lejos y la impaciencia me rinde.

VI

El anciano apoyó su brazo izquierdo sobre mi hombro, y con su mano derecha se apoyaba en su bastón. Echamos á andar.

Subimos.... subimos. A medida que avanzábamos, la misteriosa luz parecía alejarse de nosotros. Extraño pavor se apoderó de mí. El cielo seguía oscuro: los relámpagos se sucedían en muy cortos intervalos: los truenos dejábanse oír cada vez con estruendo más fragoroso y aterrador. La voz pavorosa de la tormenta, al interrumpir el silencio sepulcral de aquellas soledades, hacía más imponente el cuadro que nos rodeaba.

VII

Llegó un momento en que, cual masa inerte, sentí vacilar el cuerpo del anciano, sintiéndome á la vez desfallecer.

—¡Dios mío!—grité entonces.—¡Qué angustia siento! ¡Cómo se me oprime el corazón!

—¡Adelante! ¡Adelante!—gritó entonces el misterioso viejo, medio exánime de fatiga.—¡Adelante!... Estamos cerca. ¡Un esfuerzo más, y la felicidad es nuestra!

—¡Si ya no es posible seguir adelante, pobre iluso! ¡Si te faltan fuerzas y no puedes avanzar más! Yo soy más joven que tú y cedo á la fatiga: tengo los pies ensangrentados, la frente bañada de sudor, la respiración fatigosa... Mira con qué ansia respiro: va faltando aire á mis pulmones... Descansemos, si quieres, más horas, y luego seguiremos la jornada.

—No: la felicidad está muy cerca: su luz radiante me inunda con sus diamantinos esplendores: ella me presta aliento. ¡Adelante! ¡Adelante!

—Deteneos,—le dije con voz desfallecida.

—¿Detenerme? ¡Mil veces no! ¡Cobarde! Quédate si te falta aliento para seguirme: yo continuaré mi peregrinación. ¡Solo la emprendí! ¡Solo llegaré á su fin!

Y con energía asombrosa irguió su cabeza el anciano: apoyóse en su báculo, internándose en seguida en el corazón de aquellas montañas.

Tres veces le vi caer farto de aliento, y otras tantas levantarse con mayor brío y vigor. Con piadosa inquietud seguía sus movimientos, hasta que al fin la oscuridad y la espesura de los bosques lo borraron por completo de mi vista.

VIII

—¿Quién será ese ser incomparable, ese carácter tenaz?—me pregunté á mí mismo.—¿Llegará á tocar con su mano esa luz que tanto le deslumbra y á través de cuyos reflejos corre anheloso y sin descanso?

Y el eco trajo entonces á mis oídos, pronunciadas por un ser invisible, estas sentenciosas palabras:

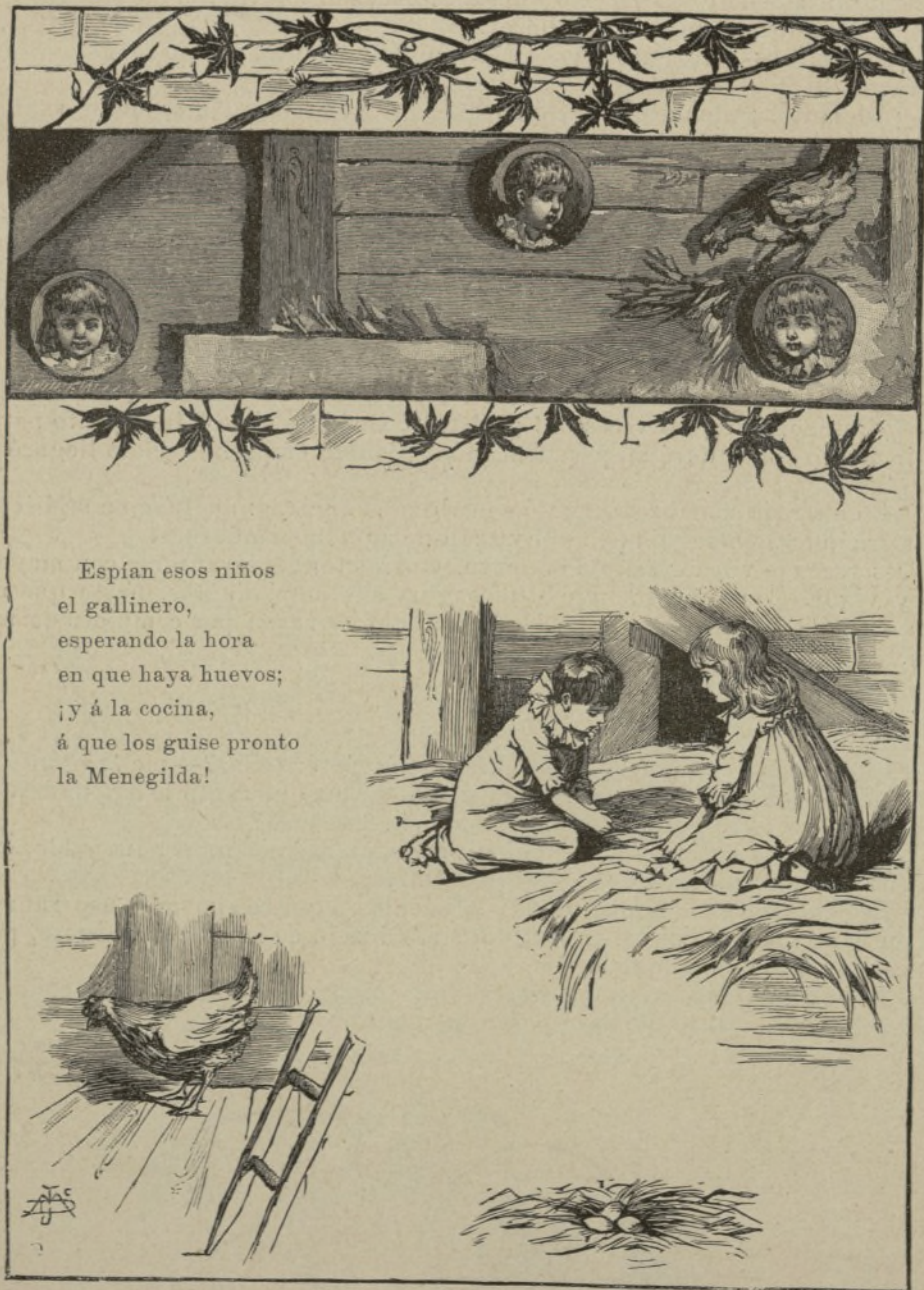
—Ese anciano es la humanidad, y el báculo en que se apoya, la esperanza. Mas en vano luchará contra el destino, simbolizado en su correr fatigoso, para alcanzar la felicidad que ansía.

—La felicidad no existe en este mundo: tiene su mansión en el cielo, y su trono en el descanso donde reposan los justos.

A. OZORES

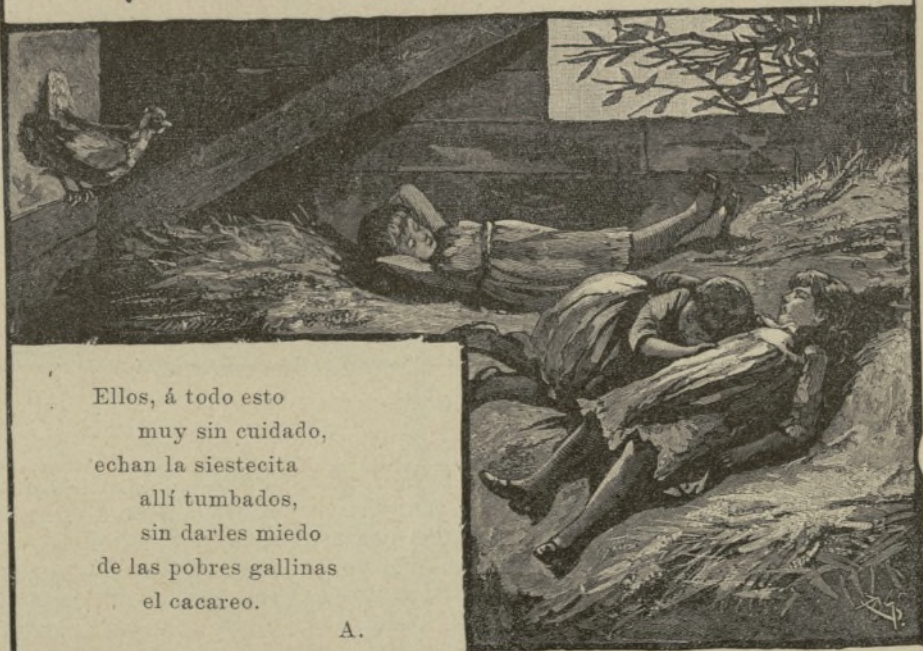


LOS NIÑOS Y LAS GALLINAS





Ya han comido los huevos
los golosillos
y al gallinero vuelven
los más tranquilos;
la despojada
con iracundo gesto
les mira airada.



Ellos, á todo esto
muy sin cuidado,
echan la siestecita
allí tumbados,
sin darles miedo
de las pobres gallinas
el cacareo.

A.



LOS NIÑOS

(NOTAS Y APUNTES DE UN VERANEANTE)

Día 1.º de agosto.

DESDE las ocho de la mañana, en que abandono mi casto lecho, poco antes de que mi mujer salga del suyo, no oyen otra cosa mis oídos que:—¡Melitón, sube! ¡Melitón, baja! ¡Melitón, no corras! ¡Melitón, no chilles! ¡Melitón, no pegues!—Y digo para mí:—¿Qué diablos de chiquillo será este Melitón, que da más guerra él solo que el general Boulanger á los franceses?



Los bollos

Por curiosidad y por ver el barullo, he bajado al mediodía al jardín, donde los señores bañistas toman el desayuno, y me he tropezado con un alegre batallón de treinta y siete chicuelos de todas castas, edades y condiciones. La causa de semejante batahola es el haber vuelto todos de la playa y aproximarse la hora de comer. Han dado el primer toque. Los chicos lo celebran con un redoble general de voces, gritos, palmadas y unas cuantas corridas, que son la desesperación de las niñeras flemáticas que los acompañan. En uno de los grupos se ve un chicuelo como de seis años y medio, moreno, delgado, de movimientos rápidos, de mirada inquieta, y tan tostado por el sol, que parece llevar guantes de esos de siete botones. Viste una blusa clara, rayada, pantalón muy corto, y un sombrero enorme de paja gruesa, que le presta cierto aire de *Mascota* varón. No le falta más que la estatura, el cayado y los zuecos. Pues éste es Melitón, jefe reconocido de un numeroso grupo; y, si no hubiera clases, él solo gobernaría á sus compañeros. Pero desgraciadamente aun existen clases en el establecimiento. Unos cuantos chiquitos de más posición y categoría forman rancho aparte, es decir, no se dejan gobernar por Melitón.

Al dar el segundo toque, Melitón improvisa la muletilla:—¡Agustín, dim, dim! ¡Agustín, dim, dim!—Automáticamente, y como muñecos de resorte, todos los del grupo gritan lo mismo y resulta una vocería tremenda que pone

nervioso al propio Agustín, pacífico mozo vizcaíno, que está para subir los equipajes y tocar la campana. Algunas mamás, desde los balcones y galerías, tratan de imponer silencio á la plebe. Pero es inútil: la plebe no discute: obra.

Al tercer toque, toda la patulea infantil se precipita en el comedor por las tres puertas que se abren á lo que llaman el jardín, y que no es más que un extenso cuadro de terreno con algunas hileras de plátanos y unas cuantas parras en el lado de la derecha, dando fresca sombra á las mesas donde se sirven los desayunos. Pero las tres puertas no son suficientes: serían precisas las innumerables de Babilonia para que tuviera expedito paso aquel ganado hambriento y bullicioso. Pocos minutos después acuden las señoras, los papás, la gente de orden, y cada familia va colocando á su lado á los chiquitines. Durante los primeros platos se disfruta, en las dos grandes mesas del comedor, de una paz relativamente octaviana. Pero por regla general, según las observaciones de nuestra camarera, al final siempre hay uno que llora, ó dos que descomponen el cuadro.

Día 3.

—Crea V., señora, que los míos no son de lo peorcito de este género, pero no se puede ir con ellos á ninguna parte. ¡Qué criaturas, Dios mío, qué criaturas!—Palabras de una

mamá gruesa, superabundantemente gruesa, dirigidas á mi mujer en uno de los intermedios de la comida. La hija menor de esta señora, lo mismo que su hermanito, han simpatizado conmigo. Luisito y María Manuela son de esos niños encantadores que le cuentan á uno todo lo que observan y oyen decir á sus papás. Esta mañana, á la hora del desayuno, me explicaba el por qué de no madrugar su mamá para bañarse. Con un simple chocolate ó una taza de café con leche, su mamá no podría ir á darse un remojón. Por eso esperaba á las once y media.—A las once en punto mi mamá toma una *mijita* de jamón, un pastelito, ó dos bizcochos y una copita de Jerez. Mi mamá padece de debilidad, mire V., y por eso tiene que comer algo, mire V.

—Sí, hija mía, sí: enterado.

—Y lo mismo le pasa en Madrid. Papá, cuando vuelve de la oficina, nos trae unos emparedados muy ricos, ¡muy ricos!



Los bollos

—¿También padece del estómago?

—¿Papá?...—La niña me mira sorprendida, y, recogiendo el hociquito de color de rosa, acaba por sonreirse.—Papá no, ¡ca! Si papá come muy poco.

—¡Ah! Vamos: es que tu mamá come por los dos. ¿No es eso?

María Manuela vuelve á sonreirse, levanta poquito á poco la mano, y, llevándose el índice á la mejilla, añade:—Si mi papá es habanero, y á mi papá lo que le gusta es el café... Toma café por la mañana, café al mediodía y café por la tarde. ¡Como que mi papá es habanero! Ahora mandó traer de allí unas cajas de fumar para regalarlas á un señor de la oficina.

—Serían para el señor director.

La niña se queda pensativa por algunos momentos; pero, recordando, sin duda, la palabra, bate palmas de pronto y exclama:

—Eso es, eso es. Justo, para ése. Mire V.: ese señor vive en la calle de Goya, y tiene tres hijas muy guapas que van á la Castellana todos los días. ¿Usted no lo conoce?

—¿Yo?... ¿De qué? No, hija mía: ni siquiera de vista.

—¡Qué lástima!—María Manuela inclina un poco la cabeza, y añade en seguida, entreteniéndose en montar un dedo de la mano sobre otro:—Mi mamá dice que lo que papá necesita son personas que conozcan mucho á ese señor.

Le he contado á mi mujer este paso, al tiempo de acostarnos, y se ha reído á mandíbula batiente de la candorosa formalidad de la niña. Sin embargo, yo le hice algunas objeciones de mi propia cosecha. Yo, que también soy empleado y hombre de respetabilidad, y puedo tener hijos el día de mañana, por más que hasta la fecha no los haya tenido, recuerdo que mis abuelos trataban estos asuntos de familia á puerta cerrada.—Los niños á jugar.—Y se nos despachaba. Pero hoy...—¿Te parece conveniente que se hable de cuanto ocurra fuera y dentro de casa, en presencia de esas tiernas criaturas? Ellos escuchan, se enteran, comprenden algo, y, aunque tú creas que no se fijan, se fijan en todo. He leído en Lemontey, porque yo también sé un poquito de historia, aunque me esté mal el decirlo, que, en la época de la Regencia, las madres principiaron á introducir en las conversaciones á sus aun balbucientes niños, costumbre de que quedó no poco maravillado el suizo Muralt, que entonces recorría la Francia. Y añade el historiador, como en contraposición, que á Luis XV le quitaron los andadores á los siete años. ¿Eh? ¿Qué te parece?—Mi mujer contesta que ella no entiende de historias y que *eso no va á ninguna parte*. Naturalmente, á mí me concedió el jefe un mes de licencia para atender á mi salud, para distraerme y no para disertar acerca de lo malo ó lo bueno de nuestras costumbres.

(Se continuará)





✱ NUESTROS GRABADOS ✱

EL CUMPLEAÑOS

El día de su cumpleaños, Beatriz colocó su muñeca sobre una silla y dirigióle la palabra como si fuera un ser animado.

—Hoy es un gran día para mí,—dijole,—porque hoy cumplo seis años, y por eso mi mamá me ha vestido con la mejor ropa. Algunos me faltan aún para ser más alta; pero ya ves cómo voy creciendo. Hasta me parece que era más baja hace dos días; y comienzo á pensar que ya debo dejarte, porque, habiendo cumplido seis años, casi podría ayudar á mi mamá, renunciando á jugar contigo.

Tales eran las reflexiones que Beatriz hacía á su muñeca, y sin duda se consideraba ya verdaderamente como una mujer hecha y derecha.

TONG WING

Así se llama un joven chino de muy pocos años que vive en la vecindad. Tiene los ojos estrechos y largos, la cara redonda y el cabello afeitado, excepto en la coronilla, donde se lo deja crecer lo bastante para formar una coleta.

Tong no tiene más de ocho años, y es tan pequeño que se debe colocar sobre un cajón para llegar á la mesa. Su ama le utiliza para todos los quehaceres de la casa, y el chico es muy celoso en el desempeño de su servicio, distinguiéndose siempre por su actividad. Todo su afán es reunir el dinero necesario para ir á ver á su madre, que vive en la China.

Cierta día Tong hizo una cometa que se consideró como la mejor del pueblo; pero la primera tarde en que quiso hacerla volar se le enganchó en un alambre del telégrafo.

Nadie hacía aprecio de Tong ni se cuidaba de él más que un primo suyo, chino también, que parecía interesarse por su compatriota: iba á verle todos los domingos, y agradábale jugar un rato con él y con el hijo del ama, llamado Tomás, que se había aficionado mucho á los dos jóvenes chinos.

Al cabo de pocos años Tong pudo reunir la cantidad necesaria, y le fué posible marchar á su país para satisfacer el mayor de sus deseos, que era ver á su madre.

LOS BOLLOS

Cierta señora quiso obsequiar un día á sus sobrinos con alguna golosina y confeccionó unos bollos, figurando con la masa cinco monigotes, que, después de cocidos en el horno, presentaban un aspecto muy apetitoso. Beatriz, una de las sobrinas, reclamó el que le correspondía, púsole una cinta al cuello, y dijo que lo guardaría para que fuese el compañero de su muñeca; pero después de contemplarle algunos momentos, no pudo resistir á la tentación de comerse un brazo, y sin duda debió parecerle muy sabroso, porque después devoró también la cabeza, concluyendo al fin con todo el monigote, del cual no dejó vestigios.

EL PRIMER BOLSILLO DE GUILLERMO

—Cinco años cumples hoy,—decía una mamá á su hijo,—y en memoria de ello quiero regalarte una bolsita, que será la primera. ¡Que rápido pasa el tiempo, y cuánto temo el día en que, siendo ya un hombre, tal vez debas separarte de mí! El año próximo será necesario

comprarte una chaqueta: ya no pensarás tanto en los juguetes, y muy pronto no buscarás tanto como ahora las caricias de tu mamá.

UN INSECTO RARO

Existe, hijos míos, un curioso insecto que tiene cubierto todo el rostro como si llevase una careta, y voy á daros algunos detalles sobre esta particularidad.

Tal vez habréis visto esos insectos que llaman *dragones* y que parecen diminutos pajarrillos ó mariposas. Tienen anchas alas, tan delgadas como las de una mosca y que brillan como el cristal cuando en ellas se refleja el sol.

Siempre los veréis, en los meses más calurosos, volando por los campos ó sobre los estanques y ríos; y en algunas partes les dan el nombre de *agujas del diablo*, sin duda á causa de la delgadez de su cuerpo.

Ahora bien: este bonito insecto proviene de una especie de chinche de aspecto desagradable que se arrastra sobre el cieno en el fondo del estanque; y ahora voy á deciros cómo se produce.

La hembra deposita unos huevecillos blancos en el agua, las ondas los llevan consigo, y después húndense en el cieno. Allí se incuban por el calor de los rayos solares, y después sale de cada huevecillo un diminuto gusano de color verdoso, tan voraz, que devora cuantos pequeños insectos halla á su paso, demostrando para esto mucha astucia, pues se acercan á su presa poco á poco, como pudiera hacerlo el gato con un ratón.

El labio inferior de este gusano, en vez de carnosos, es duro y córneo, bastante grande para cubrir todo el rostro; forma como una visera, y sirve de trampa para coger mejor la presa. El insecto tiene dientes y músculos, que constituyen también una arma ofensiva.

Trascurre cerca de un año antes de que el gusano adquiera alas, y es curiosa la manera de formarse estas últimas. Poco después de la incubación, en el dorso del insecto aparecen cuatro puntos ó manchitas, que al principio no son más que vesículas acuosas; y en su interior se desarrollan las alas lentamente, hasta que presentan sus vivos y brillantes colores.

El primitivo insecto trepa alguna mañana á la rama de un árbol, sacude sus alas y vuela por los aires bajo la forma de un magnífico dragón.

Es el único insecto que tiene esa curiosa careta.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

No abandoné la barca del Nilo hasta que el viaje hubo terminado, pero ya sabía yo que aquella niña estaba muy cerca del fin de otro viaje, de un viaje que habia sido para ella tan tranquilo y tan brillante como las dulces aguas del Nilo.

Algunos meses después, cuando nos fuimos á Alejandría, volviendo hacia el norte, atravesamos un cementerio. Al lado de un sepulcro abrigado por

una palmera vi á la madre que había velado por la niña del mediodía: iba de riguroso luto y hallábase de rodillas ante una cruz, doblada la cabeza, las manos juntas. ¡Ay! ¡Podía, pues, un niño marchitarse y morirse bajo este cielo brillante y este aire tan caliente! ¡Dicen que el viento es tan frío en Inglaterra, que la nieve es allí tan espesa! ¡Bernardito mío!

Si vuelvo ahora á Inglaterra y os digo lo que había sucedido durante nuestra larga ausencia, no os sorprenderéis si hablo como si lo hubiese visto



El primer bolsillo de Guillermo

todo. He oído contar tan á menudo la historia de estos meses por los que amaban á Ruth y á Bernardo, que creo haber estado siempre con ellos.

La primera escena que me han descrito pasaba en mi bosque predilecto. Era en invierno. Las hojas alfombraban los senderos. Las largas guirnaldas de yedra que rodeaban los árboles habíanse tornado negruzcas por las heladas; pero aquel día no helaba. Hacía un tiempo gris, brumoso y triste. La voz de un pitirrojo solitario se dejaba oír á veces, y su canto resonaba á través del bosque. Sus compañeros de verano habían huído.

Jáime y Bernardo bajaban por el sendero que conducía á la ciudad. Caminaban lentamente; y cuando hubieron llegado al antiguo pozo que llamaban *el pozo de Ruth* porque á menudo, en sus paseos del verano pasado, había ella descansado allí, detúvose Bernardo y se sentó en la piedra medio rota.

—Descansemos un momento,—dijo.

—Pronto estáis fatigado,—respondió Jaime mirando á su joven compañero con aire preocupado.

—Sí,—dijo Bernardo, que apoyó su cabeza contra el brocal del pozo;—ahora me fatigo siempre.

Jaime le miró otra vez, pero no contestó. Bernardo miraba el cielo de invierno.

—Sí,—repuso por fin, como si pensara en alta voz;—preferiría morirme en la primavera. ¿Y vos, Jaime?

Jaime se estremeció: las palabras del niño respondían por harta manera á sus propios pensamientos.—¡Morir!—repitió tratando de hablar jovialmente. Pero el temblor involuntario de su voz hacía traición á su ansiedad.—¿A qué pensar en eso?

Sois demasiado niño aún para pensar en cosas tan graves, Bernardo.

—¡Demasiado niño!—repuso Bernardo sonriendo á medias.—¡Oh, mi pobre, mi querido Jaime!

—Pero ¿qué hay, Bernardo?—repuso Jaime con inquietud.

—Creí que lo sabíais,—dijo Bernardo.—Ruth no lo sabe, pero pensaba que lo sabíais vos, Jaime.

—¿Que sabía qué?—La voz de Jaime no era ya la misma: sabía, adivinaba cuál sería la respuesta, y, sin embargo, cuando Bernardo dijo tranquilamente:—Que me voy á morir, mi querido Jaime,—las palabras del niño

le sumieron en un dolor indecible, como si nunca aquel pensamiento hubiese atravesado por su corazón. Arrodióse al lado de Bernardo, pero cuando trató de hablar le faltó la voz.

—No estéis triste,—dijo Bernardo al cabo de un momento. Y pasó tiernamente el brazo alrededor del cuello de Jaime.—¡Yo no lo estoy!... Yo no, no lo estoy... Sólo que hay una cosa, Jaime: pierdo la voz. ¿No lo habéis notado? Pronto no podré ya cantar.—Y ocultó la cabeza entre las manos. Jaime se inclinó hacia él, y el niño sintió caerle sobre la frente lágrimas más ardientes y apresuradas que las suyas.

—No os aflijáis, mi buen Jaime,—dijo levantando la cabeza y sonriendo;—pronto tendré quizás la voz de un ángel.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA